

que la sinceridad es necesaria; es necesario amar la verdad y tener mucho talento para atreverse á intentar la pintura desnuda, sin caer en lo inno- ble y lo odioso. Notarían en seguida que una hi- pocresía real lleva más directamente á la fortuna que una brutalidad afectada. La hipocresía es ala- bada, bien pagada, mientras que la brutalidad tie- ne en su contra la masa enorme de gentes á quie- nes contraría la franqueza. Si esta brutalidad, si esta audacia de decirlo todo no está en el tem- peramento mismo del escritor, esto se ve en bre- ve, la especulación se hace evidente y el escritor especulador cae casi en seguida en un justo des- precio.

Quiero decir, en suma, que la especulación de la mentira no presenta ningún peligro, por ha- llarse la multitud siempre dispuesta á aprobar y enternecerse; cuando la especulación de la verdad, por el contrario, es un despeñadero en el cual un autor banal acaba por romperse los huesos.

He ahí por qué, si ningún temperamento los empuja, hacen bien en trabajar en la virtud antes que en el vicio.

Quiero insistir sobre la necesidad absoluta de talento cuando se ataca á las terribles realidades humanas.

Esto es tanto más evidente cuanto que los espí- ritus sólidos son los únicos que se atreven á mirar estas realidades de frente, y tienen bastante poder para analizarlas y sostenerlas.

El don de la vida destruye todas las barreras de las convenciones y de las conveniencias, de ma- nera que cuanto más creador sea un escritor,

más sin engaño nos dará la humanidad, pintándo- la tal cual es.

Se mide el genio por las verdades que dice acer- ca del hombre y la naturaleza. De ahí, lo repito, el peligro que hay en querer desempeñar, con el simple objeto del tráfico, el papel de analista, atormentado por la necesidad de la verdad; porque una convicción sincera y una gran intensidad de arte son las únicas que pueden salvar del disgusto público las pinturas de nuestras enfermedades y de nuestras bajezas, dándolas vida.

Por el contrario, todo es dulzura y provecho en el oficio de escritor hipócrita. Un gran talento es inútil; perjudicaría. Se logra mucho con un talen- to mediano, flexible, elástico sin esfuerzo. Y hasta se obtienen muy bellos triunfos sin poseer el me- nor talento.

*

* *

Recapacítese que la multitud no pide más que ser engañada; jamás resiste á un autor que la engañe; le acepta en seguida feliz con sus con- suelos y sus halagos. Puede mentir durante medio siglo; no se enfadará nunca por tal causa, y en- contrará el brebaje cada vez más delicioso.

De esta multitud, más de la mitad de las perso- nas saben que el autor miente; no importa, sonrín con aire inteligente. ¿A qué promover la cues- tión? ¿No va todo bien? ¿Para qué se ha de lanzar la queja?

No estamos en el caso precedente cuando el público se encuentra ante un escritor amante de la verdad y se alza contra documentos desagradables.

Aquí, los autores son de miel y los lectores no pueden hacer más que tragárselos, cerrando beatamente los ojos. Se les dice que las mujeres son bellas, que los hombres son buenos, que la tierra es un lugar de aventuras extraordinariamente divertidas y de amores siempre felices. Aquello es encantador, á todo el mundo conmueve. Luego no hay lucha; los autores que trabajan en esta virtud ideal están seguros de no encontrar ninguna oposición. No se les registra, pueden hacer entrar de contrabando las cosas más sospechosas. El talento es, pues, inútil, puesto que todo pasa, puesto que los lectores están adquiridos de antemano. Las señoras sonríen; un murmullo halagador se eleva al paso del novelista virtuoso. Aclamado por los salones, su primer obra, cualquiera que sea, le coloca en el rango de los escritores «simpáticos». Se le premia en la Academia, en la que se le abren sus puertas de par en par. Es recompensado, condecorado, incensado, y es lo suyo el triunfo de lo mediano, en la apoteosis de la estupidez universal.

Reflexionad, pues, jóvenes; y si os sentís medianos, no hagáis caso de la prensa que pretende se hace fortuna rápidamente con el naturalismo, lo que, para la prensa, quiere decir en lo inmundo. Se os engaña, jóvenes. Oídme: si no tenéis ningún talento, no vengáis á nosotros, ¡por amor de Dios! Id á los virtuosos, á esos caballeros del

ideal que han puesto en auge la hipocresía humana. Todo es ahí placer y facilidad. En quince lecciones, cualquier maestro del género os enseñará el arte del personaje simpático; y ganaréis mucho, y seréis honrados, y podréis permitir os el capricho de enlodarnos cuando pasemos. Cuan- to á aquellos de éstos que tengan talento, no necesitan de nuestros consejos. Me limito á compadecerles, porque serán difamados y degollados.

Veamos ahora más de cerca esta especulación con la virtud, de la cual se abusa en nuestra literatura.

Se basa en el personaje simpático. Se os dirá que no hay ahí libro, sobre todo pieza posible, sin personajes simpáticos.

El personaje simpático representa la idea que la hipocresía de un público más ó menos consciente se forma de la humana criatura.

Así una joven simpática es una esencia de pudor y de belleza.

Véanse las heroínas de nuestros dramas y nuestras novelas: ni una sola viva, ni una sola se conduce razonablemente, como buena y sencilla criatura. No son sino abnegaciones sublimes, ignorancias ridículas, estupideces enfáticas y voluntarias. Nuestra joven francesa, cuya educación é instrucción son deplorables, y que flota del ángel á la bestia, es un producto directo de esa literatura imbécil, en que una virgen es tanto más notable cuanto más se acerca á una muñeca mecánica bien montada.

Instrúyase á nuestras jóvenes, fórmense para nosotros y para la vida que hayan de llevar, pón-

gaselas lo antes posible en las realidades de la existencia; la tarea será entonces excelente.

Ahora bien; lo propio sucede con todos los personajes simpáticos; siempre mienten. El hijo tendrá honra por el padre, si éste se ha permitido algunos pecadillos; no una honra sensata y lógica, sino una de esas honras de teatro que hacen las delicias del paraíso. El padre será noble y soberbio, una abstracción de todas las virtudes. La amante abrigará la pureza más implacable, junto á la más tierna pasión; mientras que el amante, exento de los bajos cuidados de este mundo, despreciará el dinero, tendrá buenos sentimientos, vivirá en ese heroísmo romántico que es la negación de la vida.

He ahí, pues, las muñecas fabricadas para distracción de las almas sensibles, y con las cuales es fácil á cualquiera obtener un éxito.

¡Cuántas especulaciones, si examinamos las obras hechas con personajes simpáticos!

*

* *

Ahí está el enorme montón de novelas pretendidas honestas: parrafadas sentimentales, pinturas del bello mundo, quintaesencia de la moda y del buen tono, refinamiento de la religión amable, costumbres extranjeras en que pasan italianas color claro de luna y rusas blancas como la nieve, todas las tonterías de las cabezas huecas, todas las mentiras en que se mecen los cerebros

ociosos y extraviados, todos los desórdenes tolerados de la imaginación.

Pero donde la especulación se hace brutal é irritante, en mi concepto, es en el teatro.

Se trafica allí con los buenos sentimientos del público con un aplomo impúdico. Un drama es mediano, los espectadores bostezan y la obra va á caer. Pero el autor, que es un malicioso, ha sembrado hábilmente la pieza de párrafos virtuosos; en todas las escenas hay declaraciones sobre el honor, sobre la virtud, y cada declamación es forzosamente acogida por tempestades de bravos. El entusiasmo no conoce límites cuando el párrafo es patriótico; entonces todos se entusiasman, y el autor es declarado no sólo un gran hombre, sino también un hombre honrado.

Desde nuestros desastres de 1870, ¡cuántos de esos dramas sin talento vimos aplaudir, obtener una apariencia de éxito, gracias á la especulación con el calvinismo de las multitudes!

Es una vergüenza literaria, es faltar á la simple probidad eso de engañar así al mundo, plantando al final de cada hemistiquio banderas tricolores. Los autores de estas obras bastardas aúllan: ¡Viva Francia! al oído de los espectadores, y aprovechan el sacudimiento nervioso para robarles aplausos, como un ladrón empuja á un transeunte en una acera para robarle el reloj.

*

* *

Examinemos ahora la moral de estas mentiras. Se dirá: «Sí, hay una especulación con la vir-

UNIVERSITY OF
BIBLIOT
MANTERREY, NEW

tud, como la hay con el vicio. Sólo que las gentes que negocian públicamente con el bien llevan á cabo una tarea loable, puesto que no dan sino buenas lecciones».

Que es lo que yo niego en absoluto.

No puedo aquí tratar la cuestión á fondo y repetir lo que he dicho á menudo en otros estudios míos. Pero diré una vez más que la mentira, por noble que sea, tiene siempre desastrosas consecuencias.

Si se pudiera abrir el cráneo de un hombre alimentado con estas novelas y estos dramas engañosos, en el cual no repercutiesen más que notas sonoras, y que son lo contrario de nuestra existencia cotidiana, se comprobaría la existencia en él de lo vacío, de lo vago, de lo oscuro.

Semejantes lecturas y semejantes espectáculos estimulan los desórdenes solitarios, las reservas jesuíticas, los compromisos y los rodeos del corazón. Walter Scott ha hecho más muchachas culpables y más mujeres adúlteras que Balzac. Jorge Sand creó toda una generación de soñadoras y razonadoras insoportables. En una mujer que toma un amante, hay siempre en el fondo la lectura de una novela idealista, sea *Indiana* ó bien *La novela de un joven pobre*.

Nada turba tanto como esas páginas, que llevan al lector al pensamiento de las grandes pasiones, y en las que, cualquiera que sea el desenlace, la falta se convierte en la única dicha deseable en la tierra, gracias al cuadro engañoso y seductor que el novelista hace del amor. No hay allí más que torrecillas aumbradas por la luna, paseos

bajo las alamedas mientras canta el ruiseñor, largos juramentos y besos que aseguran una eternidad de goces. Los personajes no comen, no envejecen, no tienen ninguna de las enfermedades de la naturaleza; lo que convierte esos libros, con su moral caprichosa, sus tolerancias poéticas, en una tierra superior que disgusta de la nuestra y hace que se desprecien nuestras realidades, el hogar, el trajín cotidiano, las necesidades del cuerpo, todo lo que al suelo nos tiene unidos. El desequilibrio cerebral y la perversión sensual son el fin de todo esto.

Por el contrario, tómese una novela naturalista, y continuamente se estarán sacando de ella lecciones de cosas reales. Los ensueños peligrosos no están ya permitidos: he ahí el mal en su horror; he ahí la falta en las suciedades y los tormentos de sus consecuencias; he ahí cómo se ama; y siempre sale la conclusión de que la virtud y la dicha están en la lógica, en la aceptación de lo real, en el justo equilibrio del hombre con la naturaleza que le rodea.

Y lo propio puede decirse del patriotismo, del cual hace poco hablaba: el verdadero patriotismo no está en esa locura heroica que da su vida, bajo la conmoción nerviosa de una gran excitación cerebral; está en la razón y en el conocimiento exacto de las necesidades de la patria, en el estudio y la aplicación de las ciencias que la salvarían. A esta hora sobre todo, desconfío de los dramas con párrafos que cosquillean nuestro orgullo durante una velada y que se han olvidado al entrar en casa de nuevo; y preferiría muchas escuelas

en que se enseñase á vencer por los medios nuevos que los recientes descubrimientos puedan presentar.

En todo, la observación y la experimentación deben reemplazar al empirismo, á la demencia lírica, al salto en lo desconocido.

Ninguna moral práctica podría basarse en obras de imaginación, mientras que las obras verdad llevan ciertamente consigo una lección cierta y provechosa.

Tengo que concluir. Y será la mía una conclusión enteramente literaria.

Por encima de las especulaciones con el vicio y las especulaciones con la virtud, hay los verdaderos escritores, los que obedecen á un temperamento y no se preocupan ni aún de ser viciosos ó virtuosos. Estudian el hombre y la naturaleza en toda libertad. Solamente un tormento les ocupa: vivir en los siglos; y he aquí por qué no se cuidan de la moda y están llenos de desprecio ante las conveniencias y las convenciones sociales. Así, pues, resulta imbécil ver, en sus atrevimientos de lenguaje y de análisis, una explotación premeditada de las curiosidades sucias de la multitud. Que la multitud trate de satisfacer su afán de inmundicia en sus obras, pasatiempo innoble es que sólo mancha á la multitud; hay muchas gentes que hojean los libros de Rabelais únicamente por encontrar las palabras puercas. Un verdadero escritor, un gran novelista como Balzac, hizo su obra á semejanza de la humanidad, tan elevada y tan verdadera como debe ser, aún en sus aspectos atroces. La lección está en la exactitud de

los documentos. Los impotentes y los hipócritas pueden insultar al libro y al autor, cubrirles de lodo, renegar de ellos. El monumento no deja por eso de elevarse piedra á piedra; y un día llega en que, ante la soberbia masa, la posteridad, que comprende al fin su magnitud lógica, se inclina de admiración.